

	Págs.
CAP. XVII. El escolasticismo y los tres momentos del método. . . . .	140
CAP. XVIII. Condiciones de los tres momentos. Empirismo. . . . .	144
CAP. XIX. Condiciones de los tres momentos. Abstraccion. . . . .	152
CAP. XX. Condiciones de los tres momentos. Deducion. . . . .	163
CAP. XXI. Formas y clases de la deducion. Induccion. . . . .	172
CAP. XXII. Doctrina de Stuart Mill sobre la induccion. . . . .	181
CAP. XXIII. Clases de la deducion. Analogia. . . . .	194
CAP. XXIV. Deducion primitiva y derivada. Hipótesis. . . . .	199

LIBRO TERCERO

TERCER ESTADO: SÍNTESIS INCOADA DE LO REAL CON LO IDEAL

CAPÍTULO PRIMERO. Del conocimiento de la verdad. . . . .	206
CAP. II. Del error. . . . .	210
CAP. III. Del criterio de la verdad y principio de la certeza. . . . .	215
CAP. IV. Del principio de evidencia. . . . .	221
CAP. V. De la apariencia. . . . .	228
CAP. VI. Corolarios. . . . .	235
CAP. VII. Doctrina de Aristóteles. . . . .	246
CAP. VIII. Doctrina de San Agustín y de Santo Tomás. . . . .	253
CAP. IX. Doctrina de Descartes. . . . .	257
CAP. X. Doctrina de Reid. . . . .	267
CAP. XI. Doctrina de Balmes. . . . .	279
CAP. XII. Doctrina de Jacobi. . . . .	285
CAP. XIII. Doctrina de Lamennais. . . . .	288
CAP. XIV. Duda razonable. . . . .	292
CAP. XV. Escepticismo. Nocion y clases. . . . .	298
CAP. XVI. Limitacion real del escepticismo. . . . .	301
CAP. XVII. Inconsecuencia del escepticismo. . . . .	315
CAP. XVIII. Falta de fundamento en el escepticismo. Imposibilidad. Insubsistencia de los fundamentos relativos al objeto. . . . .	322
CAP. XIX. Insubsistencia de los fundamentos relativos al sujeto. . . . .	333
CAP. XX. Insubsistencia de los fundamentos relativos á la union del objeto con el sujeto. . . . .	352
CAP. XXI. Doctrina de Hamilton, de A. Comte y de H. Spencer. . . . .	361
CAP. XXII. Del escepticismo mixto . . . . .	376
CAP. XXIII. El escepticismo, lo real y el ideal. . . . .	380
CAP. XXIV. De la síntesis de lo real con el ideal. . . . .	383
CAP. XXV. El filósofo cristiano y el ideal. . . . .	389

CENSURA Y APROBACION

EXCMO. É ILMO. SR. :

El libro sobre el cual el que suscribe ha de emitir dictámen por desempeño de la honrosa comision que V. E. I. le ha confiado, es otro sillar de notablé magnitud aportado al edificio imponente y grandioso de la restauracion de los estudios filosóficos que ha de constituir el Areópago católico de nuestro siglo y de su sapientísimo Pontifice, no sólo para resistir las embestidas del racionalismo y del escepticismo que en nuestros días se presentan ya alevosos y hasta marcadamente descarados, si que tambien para salirle al paso á este enemigo comun é incansable de toda filosofia práctica y de toda religion positiva, y para oponer sistemas á sistemas, principios á principios, teorías á teorías, afirmaciones á negaciones, sabios á sabios,—que tambien tiene sus sabios el error—: para oponer no verdades á verdades, porque *verum vero non opponitur*, sino las verdades católicas, esplendentes y fijas como el eterno manantial de donde brotan frescas y purísimas, á las nebulosas y variables concepciones de un idealismo que aparece siempre entre las nebulosidades de un racionalismo aéreo y á las delirantes lucubraciones de un eclecticismo desesperante porque no tiene entrañas.

Desde la dichosa y para siempre memorable aparicion de la Encíclica *Aeterni Patris* hasta la hora presente han sido varios, expertos y valerosos los hombres de letras que en la patria de los grandes filósofos, que es nuestra patria, han respondido con afán y hasta con júbilo al llamamiento marcadamente oportuno que [para la restauracion del saber bajo las bases sólidas y anchurosas de la filosofia católica hizo el inspirado Leon XIII; y el modesto sacerdote cuyo nuevo libro motiva estas líneas, si no llegó á



la hora de *Prima*, fué porque precisamente en aquellas horas en que desde el Vaticano salía aquel grito de alarma que el gran Padre de familia alzaba porque el afán del hombre enemigo no cesa ni de noche para que la zizaña ahogue el trigo en el campo del saber, este siervo no ménos fiel que prudente lanzaba el acero de su pluma como provocación valiente y firme al que en el campamento de la negación de toda evidencia había osado levantar, pero no sostener, el estandarte de los conflictos entre la religión católica y la ciencia: provocación que, si fué admirada y estimada por los hombres de estudio, no fué contestada por quien ha dado á comprender al mundo entero que no tenía el valor de sus convicciones, por más que tuviera la audacia de entregarlas, ya por sí ya por medio de ineptos traductores, á todos los vientos de la publicidad.

Retirado el Reverendo señor Coméllas y Cluet en rincón poco ménos que oscuro de la alta montaña de Cataluña, conocedor de las obras más notables que sobre materias filosóficas é históricas se publican en inglés, alemán, francés y de las que se escribieron en los idiomas clásicos de la antigüedad, estudia en sus textos nativos así las obras de los Padres de la Iglesia desde San Jerónimo á San Juan Crisóstomo, las de las lumbreras de la filosofía pagana desde Aristóteles hasta Pirron, y las de los racionalistas modernos desde Hume hasta Spencer: como aquellos profundos sabios hijos del claustro que pasaban su vida entre aquel *quid de nocte?* que les constituía centinelas incansables para combatir el error ó resistir sus embestidas no siempre inesperadas, así el autor de las páginas que acabamos de examinar, desde su tranquila morada observa paciente, perspicaz, sereno y celoso la marcha desoladora y apresurada que en contra del Catolicismo va tomando la filosofía moderna representada en sus más rencorosos y espertos patriarcas. Y como el punto objetivo más indicado á donde convergen todos los esfuerzos de todos los adalides heterodoxos, está en encontrar, en señalar la clave que contenga el secreto de la ciencia, cabalmente porque de treinta años á esta parte el afán por saber—no por estudiar— en nuestra generación ha llegado en muchos hasta el paroxismo del delirio, es por esto porque no se perdona medio ni sacrificio para clamar y para propagar que el ideal de la ciencia y los medios de adquirirle con ménos esfuerzos, con tareas ménos fatigosas y más seguras, no los posee, nó, el Catolicismo. Y por esto también en el terreno de la psicología pura y de la lógica trascendental, dejando para otros compañeros suyos la apología esencial y exclusivamente científica,— es donde viene hoy á discutir nuestro autor y á vindicar á favor de las doctrinas filosóficas de nuestra santa Religión el inestimable tesoro del ideal de la ciencia.

Dotado de una facultad de concentración asombrosa, este autor pasea, sereno su espíritu y con un aplomo encantador, por estas regiones del mundo interno en que tantos sientan en falso la planta y se derrumban en los antros de la negación y de la duda, porque ó no han tomado el asidero de la revelación, ó han desconfiado de su fuerza y de su eficacia. Desde esta altura y porque hasta allí se remontan las lucubraciones de nuestros detractores, examina las doctrinas de Hartmann sobre el querer vacío (*velle volens*) y el pensamiento negro y desesperante de Schopenhauer que supone que el mundo actual es el peor de los posibles y que la dicha y la ventura no se conciben, no se encuentran ni entre las encantadoras florestas del paraíso tan magistralmente pintadas por Dante.—Uno de los recursos que para el ideal de la ciencia presentan todas las filosofías hasta las más reñidas con el sentido común del género humano es el amor á la verdad: recurso que en manera alguna rehusa el Catolicismo—¿cómo rehusarlo? Por ella siente el autor un atractivo que le fascina hasta exclamar con Santo Tomás de Aquino que se debe amar la verdad *magis quam homines*; y hace muy suyo lo de *amicus quidem Socrates, sed magis amica veritas*, pero formulado en el *Credo ut intelligam*, sin que esta fe conduzca á la filosofía fantástica tan ponderada por Bacon en su *Novum Organum*, ni puede en manera alguna asentir al encubrimiento irreflexivo de Mr. Cousin (1) cuando dice que la razón humana es luz sobre todas las luces.

Este ideal de la ciencia buscado á la sombra del Catolicismo no es contrario á la tradición filosófica en su esfera genuina, porque rechazarla nos conduciría al individualismo engendrado por la duda metódica de Descartes, que con la *Filosofía del Progreso* de Proudhon traducida en España por Pí y Margall, empieza por aniquilar la ciencia de buena ley acumulada por los siglos, para aniquilar luego el arte y todo progreso estable. Por esto el Autor prueba con razonamiento irrefutable que para llegar al ideal que se busca es necesaria la admisión y aceptación de verdades, y se horroriza ante las aberraciones á que conduce la duda universal y absoluta, ya en las esferas de la fe, ya en la vida científica y práctica de la humanidad. Esto le conduce como por la mano á detenerse en esta duda cartesiana que, si no condujo á su fundador directamente á un escepticismo ciego, le hizo ladear sus abismos; y con el escalpelo del psicólogo analiza el reverendo Coméllas cómo procede el entendimiento y cómo se raciocina, considerando la duda en sus diversos y opuestos derroteros para llegar al ideal científico que con afán los filósofos buscaron, sin

(1) Introduction à l'histoire de la Philosophie, Paris. 1861.



descuidar la teoría de Aristóteles de que siempre á la investigacion precede la duda. De todo hace desprender como de consecuencia encantadoramente legitima que el Catolicismo bajo ningun concepto se opone al verdadero y tan buscado ideal de la ciencia; que no coarta los vuelos de la razon; que no opone á las investigaciones de la ciencia experimental otra rémora que las que acompañan á una prudencia discreta, y las que de sí demandan los mismos limites inherentes á las facultades que sirven al alma del hombre en su desarrollo y en sus mismas investigaciones.

Con la clara precision del filósofo consumado estudia el positivismo de Augusto Comte y el de Heriberto Spencer, al paso que escudriñando las operaciones del sujeto percipiente, actos y cosas percibidos, para alcanzar el criterio de la verdad y con éste el principio de evidencia, entra con pié firme en la observacion de las primorosas relaciones que median entre lo real y lo ideal, en los hechos del espíritu ya internos ya esternos, ya en lo que tienen de atrayente en sí mismos, para probar con reflexiones que no tienen réplica, ó la subjetividad del Yo ó su responsabilidad contra el materialismo que lo niega, ó contra el idealismo cuya duda, no metódica por cierto, con frecuencia lamentable llega á la negacion, áun sin darse cuenta de ello y no pocas veces presumiendo lo contrario.

De aquí, con una oportunidad que no nos cansaremos de ponderar, descende á la refutacion de los sistemas de Reid que, muy á pesar suyo y á pesar de lo mucho que vale y se hace estimar como hombre y como maestro, ó coarta la reflexion del espíritu ó le arrastra al escepticismo; examina los principios teóricos de Lamennais que sujetando la verdad al tribunal del sentido comun como á medio de conocer la revelacion, conduce tambien al escepticismo por el procedimiento de un criterio subjetivo-objetivo que se califica por su singularísima singularidad. Igualmente justa es la severidad de criterio que estiende el reverendo Coméllas á las cavilaciones de Montaigne, reproduccion de las célebres *Instituciones pirrónicas* de Sexto Empírico, renovadas y comentadas por Hamilton, y dirigidas todas ellas á combatir la idea católica en las regiones de la especulacion filosófica, como en el terreno de la práctica religiosa: que como observa con recomendable exactitud el autor, el escepticismo contemporáneo, sobre empequeñecer lo real, estorba é impide el vuelo á lo ideal.

En las disquisiciones sobre la certeza y medios de obtenerla disiente este libro de alguna de las apreciaciones que consigna nuestro inmortal Bálmes en su obra inestimable de *Filosofía fundamental*; pero sobre pagarle tributo de admiracion y de cariñoso respeto, que muy justamente lo merece el que con D. Ramon Martí de Eixalá y el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José Arbolí inició en España el renacimiento de los estudios filosóficos

contra el sensualismo de Condillac, tiene á gloria confesarse discípulo de un maestro cuya figura se agranda despues de su muerte y con el trascurso de los años.

Una consideracion que contrista y que desalienta, Exmo. é Ilmo. Sr., asalta al que suscribe y no le abandona un solo momento al leer y releer las páginas de este libro estimable bajo muchísimos conceptos: es la consideracion de que sin duda alguna serán contados los lectores que va á tener este libro que á su autor le cuesta largas vigiliás, penosos insomnios y un estudio comparativo de todos los filósofos de talla así antiguos como modernos, que han escrito y discurrido sobre psicología y sobre lógica en la esfera de lo trascendental. Cuando de la Italia y de la Alemania salen á luz obras que son la espresion de unas potencias intelectuales asombrosas y de una erudicion mas asombrosa todavía por lo sólida, ya que no por lo ortodoxa, y que son la causa primera de las aberraciones de tantas inteligencias; por lo que mira á la nacion que es madre de los Suárez, y de los Vázquez, que indisputablemente son los primeros metafísicos del mundo, se pregunta uno con pena ¿cómo aquella generacion de sabios se ha poco ménos que extinguido en esta España que un dia en las regiones del saber era tambien *Domina gentium*, y que guarda empolvados en el fondo de sus euasi desiertas bibliotecas tesoros y títulos que, sobre justificar abolengo envidiable, á precio de oro los solicitan y los compran los que desde las heladas regiones de Moscou y de San Petersburgo los estiman porque los conocen y los conocen porque los estudian *die ac nocte*? Sí, sí, que contrista mirar como gran parte de nuestra juventud va en pos de libros insustanciales en todos los ramos del saber para salir del paso mientras se sienta en el banco de las aulas, y que los de edad adulta digan que les falta tiempo y humor para engolfarse en libros de in folio y que sienten repulsion para todo lo que tiene sabor á problemas é investigaciones metafísicas. Ah! es que no han saboreado, ni saboreado siquiera, la mas insignificante de las fruiciones que deleitan al psicólogo cuando estudia, clasifica y enumera las facultades y potencias de esta alma cuyo pasto de vida es la verdad y el bien: la verdad para ser adquirida por medio del verdadero ideal de la ciencia, y el bien para que esta misma ciencia estasié á sus discípulos ante la asombrosa é incomprensible grandeza del Dios único y trino Señor que es la causa de las causas y *per quem omnia facta sunt*. Confiemos empero: la restauracion filosófica lleva ya sus frutos, y no será España la nacion ménos favorecida, ya que tan glorioso es su abolengo en todo lo que mira á estudios sólidos.

Y no habiendo encontrado, Excmo. é Ilmo. Sr., en este libro principio ni proposicion alguna contra el dogma y enseñanzas de nuestra Santa Ma-



( XII )

dre la Iglesia católica, soy de parecer de que puede concederse el permiso que para publicarlo pide su sabio autor.

*Barcelona: 1 de Diciembre de 1882.*

**Dr. Buenaventura Ribas y Quintana, Pbro.**

*Barcelona: 16 de Diciembre de 1882.*

En vista de la favorable censura que ha recaído en la obra titulada *Introducción á la Filosofía, ó sea Doctrina sobre la dirección al ideal de la ciencia*, damos nuestro permiso para que pueda imprimirse, debiendo ántes de su publicación presentar á Nuestra Secretaría de Cámara dos ejemplares visados por el Censor. Lo decretó y firma S. E. I. de que certifico.

EL OBISPO.

*Por M. de S. E. I. el Obispo mi Señor,*

**Ignacio Palá y Marti, Canónigo Secretario.**

---

## PRÓLOGO

---

**E**L presente escrito es el resultado de un in-significante esfuerzo entre los innumerables que hace el espíritu humano para irse acercando al ideal de la ciencia. Creyendo que es harto encumbrado este ideal para desdeñar medio alguno ordenado á él, los emplemos todos segun la medida de nuestras fuerzas. No hacemos uso de esta ó de aquella clase de facultades, sinó del conjunto de todas ellas. Tenemos por impotente el individualismo, que desecha los trabajos de las generaciones pasadas, y menosprecia la revelacion sobrenatural de la Inteligencia creadora y ordenadora del universo. Por esto nos servimos de la tradicion filosófica, y tomamos por guía la revelacion confiada á la Iglesia católica y á su Jefe infalible, el augusto Pontífice de Roma.

Con esto se deja entender que el presente escrito pertenece á la série de los que en estos últimos tiempos se han publicado para la restauracion de la filosofía en sentido escolástico: restauracion felizmente emprendida y continuada con gloria por



filósofos insignes, y en nuestros días alentada y dirigida por el papa Leon XIII en su Encíclica *Aeterni Patris*. Por bien empleados tendríamos nuestros trabajos y desvelos, si en algo pudiéramos contribuir á engrosar esa benéfica corriente de restauracion.

Á nadie queremos ofender con nuestras apreciaciones y juicios críticos. Buscando siempre la verdad, y con la mira de cooperar á su triunfo, nos vemos en la precision de impugnar ciertas doctrinas profesadas por personas á quienes amamos y respetamos en alto grado. De un modo especial sentiríamos en el alma que se nos tuviera por poco afectos al insigne Bálmes, á quien alguna vez impugnamos en el presente escrito. Tenemos á Bálmes por una de las mas legítimas glorias de la España contemporánea, admiramos su ingenio peregrino, leemos con fruicion y provecho sus escritos, y vamos á orar ante sus cenizas en los claustros de la catedral de Vich cuando visitamos aquella ciudad.

No pretendemos escribir una obra literaria. Tratamos únicamente de manifestar nuestros pensamientos, por si pueden ser de alguna utilidad á los que se dan al estudio de la filosofía. Y para este fin creemos que basta esponer la verdad de un modo sencillo y claro.

Tales son nuestras aspiraciones y nuestros procedimientos; tal es nuestra posicion en el mundo de escritos filosóficos de la época presente.

---

## PLAN.

Pensadores hay á quienes en un momento feliz se les ha aparecido intelectualmente un ideal de ciencia altísimo y nobilísimo. Han admirado este ideal, lo han amado con puro y ardiente amor, y han aspirado á conseguirlo al traves de las dificultades que habían de encontrar durante un largo período de tiempo. Desde la memorable aparicion han ido en pos de este ideal, empleando medios que han creído convenientes para irlo alcanzando. Mediante estos esfuerzos han conocido verdades, principios y leyes que ántes no conocían; han logrado elevar sus conocimientos á mayor unidad y simplicidad que ántes; y con esto han empezado á alcanzar alguna parte de dicho ideal.

La importancia de la aspiracion al ideal es superior á toda ponderacion; y quedará manifiesta en la resolucion de muchas cuestiones ventiladas en el presente escrito. Conviene tener esta aspiracion para hacer grandes progresos en el terreno de la ciencia. Conviene fijar los ojos en esta aspiracion para descubrir las leyes á que hemos de someternos en nuestros estudios. Por esto nosotros la colocamos como centro en nuestra *Introduccion á la Filosofia*, creyendo que ha de irradiar sobre las diferentes partes de que ésta se compone.

La aspiracion al ideal de la ciencia junto con los hechos que la preceden y con los que la siguen, constituye tres esta-



dos, de los cuales el primero pertenece á lo real, el segundo á la atraccion ejercida por el ideal, y el tercero á la síntesis incoada de lo real con el ideal. Por manera que en este procedimiento se encuentra la ley triádica de tésis, antítesis y síntesis. Á esos tres estados corresponden otros tantos libros en la presente *Introduccion*.

---

---

## LIBRO PRIMERO

---

### PRIMER ESTADO: LO REAL

**D**URANTE un largo período de tiempo suele vivir el hombre sin que conozca el ideal de ciencia que quizá despues le cautive, y sin que obtenga los benéficos resultados de semejante conocimiento.

Á causa de esta imperfeccion, de esta ausencia de bien, de la falta de elevacion y grandeza ideal, debe ser tenido este primer estado por estado de *realidad*. En esta denominacion no se da á la palabra *realidad* el sentido de verdad ó de existencia, sinó el de pobreza y defecto, por contraposicion á la alta escelencia del ideal.

### CAPÍTULO PRIMERO

#### *Contenido de lo real*

#### I

El hombre, que se halla en el estado de realidad de que acabamos de hablar, tiene por una parte, sér y bien; y por otra, falta de sér y de bien: es noble y grande bajo el primer concepto, pero pobre y pequeño bajo el segundo.

El hombre en ese estado de realidad tiene el bien de la existencia; porque si no existiera, mal podría hallarse en ese estado, ni en otro alguno. No existiendo, no fuera nada, al paso que lo